

OVERWATCH®

BASTET



UN RELATO CORTO ESCRITO POR MICHAEL CHU



BASTET



*UN RELATO CORTO
MICHAEL CHU*

*ILUSTRACIONES
ARNOLD TSANG*

*ARTE ADICIONAL
BENGAL*

*DISEÑO Y COMPOSICIÓN
BENJAMIN SCANLON*



Tras días de espera, el objetivo de Ana había aparecido en uno de los palacios más opulentos y antiguos de El Cairo. Abdul Hakim era un rey por derecho propio, alguien que usaba su poder y su influencia para dejar sin vida la ciudad, no sin antes volverse rico junto a sus secuaces. Pero antes de tener la oportunidad de capturarlo, apareció el primer fantasma: Jack Morrison. A pesar de que estaba enmascarado y había asumido la identidad de un justiciero, Soldado: 76, ella lo reconoció de inmediato.

El mundo creía que Morrison estaba muerto, asesinado en la destrucción de la base de Overwatch en Suiza, pero Ana tenía sus dudas. Si bien Jack había escapado de la muerte, un espectro lo acechaba... Reaper. Un asesino vestido de negro con el rostro oculto tras una máscara color hueso.

Reaper se había enfrentado a Jack, y Ana había acudido a su rescate. Ella había forcejeado con Reaper hasta lograr sujetarlo contra el suelo. Pero al quitarle aquella máscara macabra y ver el rostro desfigurado que yacía debajo, ella reconoció a Gabriel Reyes, un amigo y camarada que había conocido en la misma época que a Jack. Gabriel demostró ser un verdadero fantasma al desvanecerse en el aire, sin dejar un solo rastro.

Fue entonces cuando descubrió que Gabriel y Jack, dos hombres a los que apreciaba como si fueran sus hermanos, no estaban muertos.

“A decir verdad, ellos también creían que yo estaba muerta”.

Ana respiró hondo y se dispuso a inspeccionar la escena. Había marcas de balas en las paredes y baldosas rotas, y los cuerpos de los guardias de seguridad de la mansión (matones para los negocios

*FUE ENTONCES
CUANDO
DESCUBRIÓ
QUE GABRIEL
Y JACK, DOS
HOMBRES A LOS
QUE APRECIABA
COMO SI
FUERAN SUS
HERMANOS,
NO ESTABAN
MUERTOS.*



ilegales de Hakim] yacían esparcidos por el suelo cual juguetes. En el centro del patio, Jack la aguardaba.

—Me encargué de todos —dijo Jack mientras revisaba las pertenencias de uno de los mercenarios caídos.

Un guardia que yacía entre ellos soltó un quejido y, en un segundo, Ana sacó su arma y le disparó un dardo tranquilizante en el cuello.

—Te faltó uno —dijo Ana.

Jack tan solo se encogió de hombros.

—A mí también me alegra verte, Ana.

Ana sacó de su capucha un visor táctico. La pantalla de aviso no se activó. Irritada, lo regresó a su lugar.

—¿Alguna pista sobre su paradero?

Jack activó su visor y examinó el área.

—Ni una.

“Tendré que ocuparme de eso más tarde”.

—Eso no luce bien —dijo Ana.

A Jack le habían disparado justo debajo del enorme número “76” de su chaqueta. Al mirar de cerca, pudo ver que un escopetazo había destrozado tanto la chaqueta como el torso. Desde esa distancia, cualquier otra persona habría muerto, pero Jack tenía ciertas ventajas.

Sus heridas se sanaban solas, una secuela de su pasado como sujeto de pruebas y soldado mejorado de las fuerzas armadas estadounidenses. Ana podía ver que la piel ya comenzaba a regenerarse en los bordes, aunque no completamente. Donde peor lucía, la piel se había vuelto oscura y necrótica.

—Estaré bien —gruñó Jack—. Nosotros sanamos rápido.

“Nosotros”, pensó Ana. “Jack había aceptado bastante rápido el hecho de que su antiguo mejor amigo seguía con vida.

“¿O acaso ya lo sabía?”.

El débil sonido de las sirenas interrumpió su pensamiento.

—Debemos irnos. Parece que alguien está en camino.

Jack asintió con la cabeza.

—Yo te sigo.



Una hora más tarde, Ana y Jack aguardaban en las sombras mientras veían pasar los taxis flotantes y a un par de ciudadanos montados sobre camellos robóticos por la calle. En las alturas, los esquifes y los drones de vigilancia se entrecruzaban en el cielo; los primeros llevaban a los ciudadanos adinerados a sus reuniones vespertinas, y los segundos se movilizaban en masa hacia el palacio de Hakim tras el tiroteo.

Ana avanzaba por callejones estrechos, haciéndose camino a través de un laberinto de calles y senderos, mientras se mantenía lejos de las patrullas que vigilaban la zona como halcones. Por primera vez en su vida, estaba agradecida por la infraestructura heterogénea de la ciudad, que seguía en recuperación una década después de la intervención de Overwatch. El estado del país natal de Ana era una de las razones que la habían motivado a regresar. Se sentía responsable por el impacto que había tenido Overwatch en el lugar, fuera o no por su elección.

A la sombra de una de las enormes torres abandonadas, el intenso calor de la tarde era un poco más tolerable. A Ana no le molestaba, pero Jack parecía agitado. Sus mejoras genéticas deberían haberlo ayudado a aclimatarse a diferentes temperaturas, de la misma forma que deberían haber detenido la mancha de sangre que se expandía por la camiseta que se había atado alrededor del torso como venda.

—Deberías tener más cuidado —dijo Ana regañándolo.

—Hablas como Angela —gruñó Jack.

Ana aguardó a que pasara una patrulla con las luces de emergencia encendidas y, luego, le hizo una señal para que avanzara.

***SE SENTÍA
RESPONSABLE POR EL
IMPACTO QUE HABÍA
TENIDO OVERWATCH
EN EL LUGAR, FUERA O
NO POR SU ELECCIÓN.***

—¿Crees que nos estén buscando? —Jack se limpió el sudor de la frente.

—Seguramente —dijo Ana mientras veía cómo se alejaba la patrulla—. Pero aquí ocurren muchos crímenes. La policía tiene bastante trabajo.

“Otra parte de nuestro legado”.

Jack se había quedado atrás, apoyado contra una de las paredes.

—Me recuerda a Praga.

—Esta vez no te cargaré sobre los hombros —dijo Ana—. Vamos, Jack. No te quedes atrás.

Salió disparada de entre las sombras y cruzó la calle, sintiendo el calor del sol sobre su cabeza y los adoquines ardiendo bajo sus pies. De regreso entre las sombras, continuó con su respuesta.

—Lo de Praga fue tu culpa. Cómo se te ocurrió que Reinhardt podía ser sigiloso es algo que no logro comprender.

Ana esperó a que Jack se defendiera. Cuando no lo hizo, se dio vuelta. Jack se había desmayado sobre los adoquines, en el medio de la calle.

“Ahora no”, pensó Ana mientras corría hacia él. Trató de levantarlo.

—Levántate, Jack —exclamó, pero él no respondió.

Ana colocó el brazo de Jack sobre sus hombros, lo levantó y lo cargó por la calle.



Jack se despertó lentamente. Eso no era normal. Incluso antes de estar en el Ejército, él siempre había tenido el sueño ligero y se despertaba enseguida ante cualquier ruido. Al sentarse, sus ojos se adaptaron rápidamente a la luz tenue de la habitación. Estaba sobre un viejo catre militar tapado con una frazada raída. Sentía mucho dolor en un costado.

—Al fin. —Ana se acercó hacia él, sigilosa como un gato—. ¿Quieres té?

—Te acepto un vaso de whisky si tienes.

Ana puso los ojos en blanco.

—Sí, Jack. Siempre tengo una botella de whisky a mano por si vienes de visita.

—De acuerdo, tomaré el té —dijo Jack en voz baja.

Ana estiró los brazos.

—Tuve que cargarte sobre mis hombros hasta aquí, ¿sabes?

—Me han disparado varias veces, pero nunca se sintió así. —Jack hizo una mueca de dolor al moverse para ver en detalle la herida. Tenía tres grandes cortes a lo largo de la espalda y el costado del torso, pero alguien ya le había hecho una sutura con hilo oscuro.

—Esa herida luce muy mal. Deberías ir a ver a un doctor. —Ana se dirigió hacia una mesa baja con una estufa por inducción y colocó una tetera dorada sobre una de sus dos quemadores.

—No creo que un doctor sepa cómo tratar esto. —Jack parecía desalentado.

—La Dra. Ziegler está cerca de aquí —sugirió Ana—, pero no pienso cargarte sobre los hombros.

—No quiero ver a ningún doctor —dijo Jack—. Mucho menos a Angela. “¿Cómo le explicaríamos esta situación? Ni siquiera creo que quiera vernos. Somos un par de fantasmas para ella”.

—Intenté cerrar tus heridas como pude —dijo Ana disculpándose—. Nunca fui buena para aplicar vendajes de emergencia. Por lo general, no los necesitaba.

Pasó el dedo sobre las suturas irregulares.

—Parece como si lo hubiese hecho un carnicero.

—Bueno, si no te gusta, puedes hacerlo tú mismo.

—Es un lugar difícil de alcanzar —dijo Jack avergonzado.

—Entonces deja de quejarte. —Ana hizo una pausa—. ¿Y acaso esa herida no debería sanarse sola?

Jack asintió con la cabeza.

—Así es. ¿Tal vez los proyectiles estaban impregnados con un agente biológico?

—¿Estás seguro de que no quieres ver a la Dra. Ziegler?

**NI SIQUIERA
CREO QUE QUIERA
VERNOS. SOMOS UN
PAR DE FANTASMAS
PARA ELLA.**

**“ CUANDO
DESPERTÉ, NO
RECORDABA
QUIÉN ERA. ”**

—Tendríamos que explicarle que no estamos muertos —dijo Jack.
—Esa mujer hace milagros. Dudo mucho que se lleve una sorpresa —dijo Ana entre risas.

—No iremos a ver a Angela —dijo Jack, y no hablaron más del tema.
Se detuvo a observar la casa de Ana, por decirlo de alguna manera.

Era una mezcla de equipamiento táctico, excedentes del Ejército, dispositivos de vigilancia y algunos toques hogareños. El espacio se parecía más a un yacimiento arqueológico que a un departamento. Antiguas cámaras de piedra con columnas de piedra desgastadas y paredes talladas con jeroglíficos, aunque algunos parecían ser obra del vandalismo juvenil. En una mesa baja, Ana tenía una pequeña exposición de objetos antiguos que habían sido cuidadosamente preservados: un frasco con una cabeza de carnero de piedra color marfil en la tapa, una máscara negra y dorada con el rostro de una feroz diosa gata, un jarrón de arcilla marrón roto y una pequeña estatuilla de un halcón color verde brillante.

Jack miró de cerca las antigüedades.

—Este lugar me recuerda a un museo en Nueva York al que me llevó mi madre cuando era pequeño. —Había sido una de sus partes favoritas del viaje, el lugar donde corrió alrededor de las ruinas de un antiguo templo egipcio. Ahora lo recordaba con una sonrisa.

Ana le ofreció una taza azul con cuadros rojos.

—Es una necrópolis, una ciudad de los muertos.

—Que nombre más apropiado —bromeó Jack y luego señaló la pequeña exposición de antigüedades—. ¿Qué son estas cosas?

—Las encontré aquí cuando me mudé. No podía tirarlas a la basura. Estas reliquias han sobrevivido durante miles de años. Varios imperios emergieron y se derrumbaron, pero ellas aún siguen aquí. Las estoy cuidando hasta que sea momento de enviárselas al Dr. Faisal.

Jack sopló suavemente su t  para enfriarlo.

—¿Has estado aquí todo este tiempo?

—Desde que me dieron el alta del hospital en Polonia. —Ana observaba a Jack mientras él bebía su t .

 l hizo una mueca ante el amargor del t .

—¿Por casualidad tienes azúcar?

Ana lo ignor .

—Cuando despert , no recordaba quién era. No pude decirles mi nombre, así que me llamaron "Janina Kowalski" temporalmente.

Estuve durante meses en esa habitación de hospital, llena de dolor y confusión. La Dra. Lee me dijo que fui muy afortunada. Bueno, lo más afortunada que puedes ser tras tener pedazos de vidrio y metralla incrustados en tu cerebro. —Ana sintió el dolor fantasma de su ojo incluso mientras contaba su experiencia.

—Tratamos de encontrarte —dijo Jack con tono sombrío—. Us  todos los recursos a mi alcance. Gabe incluso le confi  la misión a McCree personalmente. No encontramos ni un solo rastro. Los demás intentaban convencerme de que habías muerto y de que yo estaba alucinando. Pero en el fondo de mi corazón sabía que no podías estar muerta.

"Y al final tenía razón", pensó Jack.

—La Dra. Lee me mantuvo fuera del sistema. La convencí de que me buscaba gente peligrosa.

—¿Yo soy peligroso? —preguntó él, haciéndose el inocente.

—Eres inofensivo, Jack —dijo Ana entre risas—. Finalmente, pude recordar lo que había ocurrido, pero no s  cuáles de esos recuerdos son reales y cuáles son producto de mi imaginación. Recordaba la misión. Estábamos acorralados por el francotirador enemigo y yo intentaba dispersarlo. Recordaba preparar el disparo. Pero sentía como si hubiese un motivo por el cual no quería recordar qué había pasado después.

Jack fij  la mirada en su taza de t .

—Fue porque había reconocido al francotirador —dijo Ana mientras lo miraba detenidamente—. T  ya lo sabías.

—¿Amélie? —preguntó Jack—. Sí. —Se había enterado de eso y más con el transcurso de los años, pero prefirió no mencionarlo.

—Pobre Gérard —dijo Ana con un suspiro.

Los dos se quedaron en silencio mientras el vapor que emanaba lentamente de sus tazas se disipaba entre las nubes de polvo de la antigua sala.

—¿Por qué estás aquí, Jack? —preguntó Ana al fin.

—"Nunca me perdon  por haberte abandonado. Escuch  que había un cazador de recompensas en El Cairo y pens  que tal vez..." —Jack apoy  la taza sobre la mesa.

—Siempre te costó desistir —dijo Ana rega andolo—. Eres demasiado terco.

—Gabriel está ahí afuera. Talon se está volviendo cada vez más fuerte. Hay que detenerlos, y todo lo que hemos sufrido, lo que tú has sufrido, tiene que haber valido la pena. Voy a destruirlos, uno por uno. —El ferviente discurso de Jack retumbó en las paredes de piedra. Al terminar apretó los puños. Luego, los soltó lentamente—. Pero no puedo hacerlo solo. Necesito tu ayuda.

Ana se cruzó de brazos.

—Apenas puedes levantarte. Te desmayaste en la calle. Lo único que deberías hacer es recuperarte.

—No lo dejes ir. No seas como los demás. Pasamos toda nuestra vida intentando construir algo solo para que ellos lo destruyan y nos hagan quedar como los villanos.

—No todos somos como tú, Jack —dijo Ana—. Algunos si podemos seguir adelante.

—Esto es seguir adelante —gruñó Jack.

—Estás muy alterado —dijo Ana—. No estás pensando con claridad. Descansa un rato. Después hablamos.

—¿Después? —La mirada de Jack fue de la taza al rostro de Ana—.

¿Acaso tú...?

Se desplomó sobre el catre.



Ana esperó hasta que Jack estuviera profundamente dormido para colocar sus piernas sobre la cama, ponerle una almohada bajo la cabeza y taparlo con una frazada áspera. Vio que él tenía cicatrices que ella nunca había visto y que tenía el cabello más fino y canoso. Mientras él dormía, la figura de Soldado: 76 se desvaneció y en su lugar apareció el Jack que ella recordaba.

Se llevó la taza vacía y lo dejó descansar.

**“NO LO DEJES
IR. NO SEAS
COMO LOS
DEMÁS.”**





Más tarde, Ana regresó al oscurecido complejo. Llevaba provisiones guardadas en un bolso de lona que cargaba sobre el hombro. Con las luces apagadas, el lugar se parecía más que nunca a una tumba. Caminó por el pasillo de la entrada hasta la cámara principal y allí encontró nada más y nada menos que a Jack, sin camiseta, haciendo flexiones a una mano con los dientes apretados. Se había quitado los vendajes y los había dejado apilados sobre el catre. Ana podía ver el deterioro de las heridas, cerradas por sus suturas desprolijas.

—Vas a reventar las suturas —observó Ana.

—Estaba un poco inquieto —explicó Jack.

—No me sorprende; dormiste dos días enteros —dijo Ana—.

¿Tienes hambre?

—Mataría por una hamburguesa.

Ana lo miró con incredulidad.

—Pero me conformo con lo que haya. —Jack le dirigió esa sonrisa que siempre le servía para salirse con la suya. A veces realmente se portaba como un niño.

Ana sacó del bolso unos recipientes descartables con comida y los colocó en la mesa baja frente a él. El rico aroma de la comida se percibía en el aire. Había falafel y frijoles, panes rellenos con carne de cordero picada y cebolla recién salidos del horno.

—Al menos no lo cociné yo.

—Es un milagro de Dios —dijo Jack entre risas.

Ana no pudo evitar reírse también.

Jack devoró la comida como alguien acostumbrado a engullir los alimentos en poco tiempo. Ana se sirvió un poco y ambos comieron en silencio. Al terminar, Jack se recostó sobre el cajón en el que estaba sentado y retomó su interrogatorio.

—¿Por qué no me dijiste que estabas viva? —preguntó Jack.

—No sé si lo entenderías —dijo Ana—. Estoy segura de que Gabriel sí, pero en ese sentido son diferentes.

La expresión de Jack era indescifrable.

—¿Y Fareeha? Dejaste que creyera que estabas muerta.

—Eso fue lo más difícil. —Ana suspiró. Se levantó y se acercó a su escritorio, donde había una foto enmarcada de ella con su pequeña hija sobre la espalda. Ambas tenían los brazos abiertos como si estuviesen

volando—. Fareeha esperaba que la capitana Amari regresara, pero ella ya no existe. En el momento en que dudé, cambié.

—No fue tu culpa —dijo Jack suavemente—. ¿Cómo podías saberlo?

—No me subestimes, Jack —bramó Ana—. Obviamente, fue mi culpa. No tiene que atormentarme por el resto de mi vida, pero puedo aceptar la responsabilidad.

—No habría cambiado nada para nosotros. Te habríamos querido de regreso. Resulta que no podíamos seguir sin ti —dijo Jack mientras apoyaba gentilmente la mano en el hombro de Ana—. Overwatch te necesitaba. Y ahora yo te necesito.

Ana vio la desesperación en el rostro de Jack.

—Cobrar venganza por lo sucedido solo hará que termines muerto.

—Tal vez, pero aun así debo luchar. Todos los demás se rindieron, excepto yo.

“Él también me culpa”, pensó Ana.

—Siempre tan terco.

—Tú tampoco pudiste abandonar la lucha —dijo Jack—. ¿O acaso fuiste al palacio de Hakim por otro motivo?

—Traté de tener una vida tranquila, ¿sabes? Estaría cerca de mi hija y viviría en paz. Pero, cuanto más tiempo vivía aquí, más difícil era para mí escapar de la realidad: nosotros somos responsables de lo que le ocurrió a esta ciudad. Cancelamos el proyecto Anubis y Egipto jamás pudo recuperarse. —Ana se levantó y le dio la espalda a Jack—. La vida de estas personas es difícil. Parásitos como Hakim solo se aprovechan de ellos. ¿Cómo podía abandonarlos cuando sabía que podía hacer algo al respecto?

—Estás luchando por la justicia, como yo —dijo Jack.

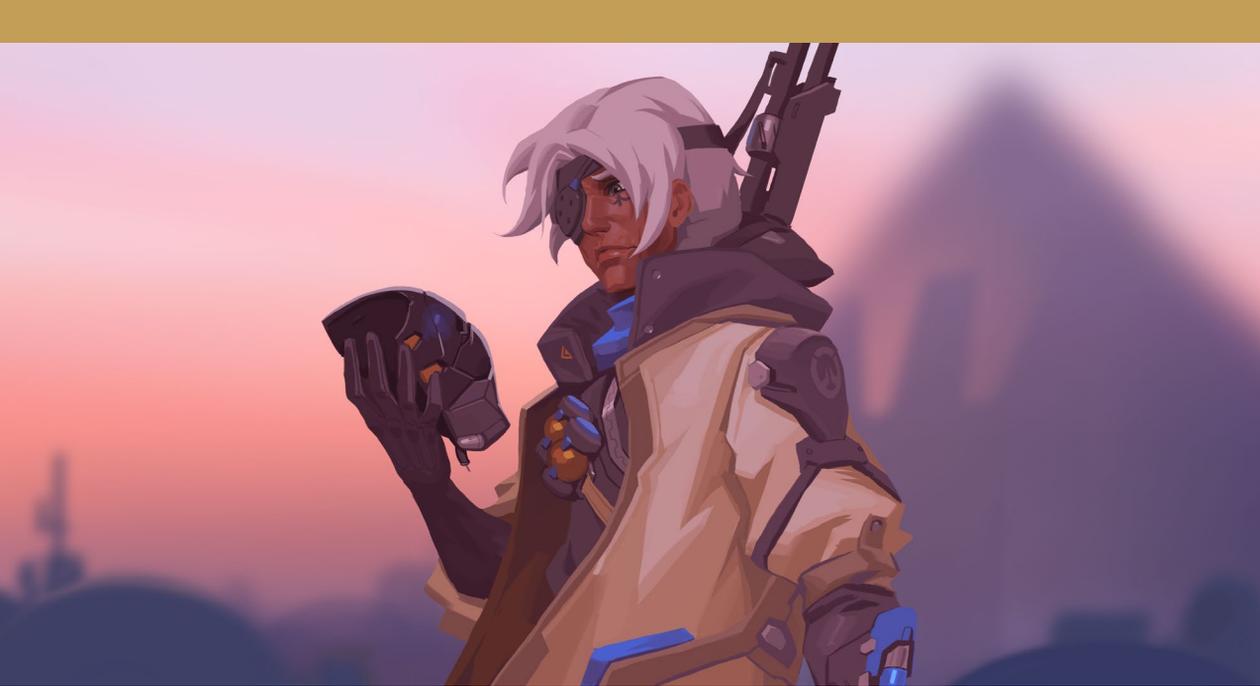
Ana entrecerró los ojos.

—La venganza no es justicia.

Jack hizo un ademán impaciente.

—Buscamos lo mismo. ¿Por qué crees que Hakim iba a encontrarse con Gabriel? Trabaja para Talon. La corrupción de esta ciudad se va a extender y terminará por destruir todo el mundo, como pasa siempre.

—Hakim lidera una organización criminal que ha consumido por completo a El Cairo. La Policía y el Gobierno se hicieron los desentendidos o reciben una coima de él. Los suministros de comida no se están entregando a la gente que los necesita. Es casi imposible



recibir atención médica —dijo Ana—. Mírame a los ojos y dime que realmente puedes marcharte sin hacer nada al respecto.

—¡El Cairo y el mundo seguirán sufriendo a menos que acabemos con ellos! Tienes que ver más allá —dijo Jack con vehemencia.

—¿Acaso escuchas lo que estás diciendo? Jamás habrías planteado este tipo de argumento antes —dijo Ana con desaprobación—. Esa no es la manera.

—Los tiempos cambian —dijo Jack con firmeza—. O vienes conmigo o me marcho. Ya perdí demasiado tiempo.

—No voy a ir —dijo Ana.

Durante un largo rato, Jack la miró fijo en silencio.

—Un francotirador elimina a la amenaza más peligrosa primero. Ese era tu trabajo. —Jack tomó su chaqueta arruinada—. Si quieres perder el tiempo con delincuentes de poca monta, que así sea. Yo lucharé en la guerra.

—Se marchó furioso.



Después de que Jack se fuera, Ana prendió su computadora. Jack la había usado más temprano y la pantalla estaba repleta de artículos sobre los movimientos y las apariciones de Reaper. Ana se preguntaba quién le había dado esa información a Jack, pero esa era una incógnita

que resolvería en otro momento. Mientras leía los informes recordó el rostro desfigurado que había visto debajo de la máscara.

“Gabriel... ¿qué te pasó?”.

Uno de los artículos indicaba que las víctimas de uno de los ataques de Reaper habían sufrido heridas similares a las de Jack.

“Esa maldita científica”, pensó Ana con repulsión.

El resto de los artículos no incluía información nueva sobre Reaper, sino sobre otros asuntos que preocupaban a Jack. Él estaba siguiendo a una red de corporaciones, instituciones financieras y funcionarios del Gobierno vinculados entre sí por negocios corruptos e intermediarios deshonestos. Lidar con ese tipo de problemas no era el fuerte de Jack. Él prefería los hechos concretos, los buenos y los malos, y una decisión clara e incuestionable.

Los casos complejos siempre habían estado a cargo de Gabriel.

“Bueno, ahora no tanto”.

Ana analizó sus opciones. En el fondo, sabía que quería quedarse. Egipto estaba en ruinas. En unos años más, era probable que la ciudad sucumbiera al caos, corrompida por usureros y criminales como Hakim. Como la cazarrecompensas Alcaudón, poco a poco había logrado hacer la diferencia. Si se marchaba, todo ese trabajo habría sido en vano.

“Pero hay otras personas aquí, como Fareeha. No están desamparadas. No tienes que ser tú”.



*ERA LA DIOSA BASTET.
UNA GUARDIANA.*



El orgullo, otra vez.

Volvió a mirar los artículos sobre el justiciero Soldado: 76. Uno le llamó la atención: un robo en la central de energía más reciente de LumériCo. Había ocurrido un tiroteo en el centro del mercado, con varios heridos graves y daños materiales, por el cual lo culpaban a él. Pero también había una declaración de un testigo ocular, una niña que vivía en Dorado. Aunque todos los demás lo acusaban de ser un sujeto peligroso, ella lo había llamado "héroe".

No tienes que ser tú, pero, a veces, la gente necesita algo en lo que creer.

Ana sabía lo que tenía que hacer. Se dirigió a la mesa baja que tenía las reliquias que había encontrado en la necrópolis en su primera visita. Observó el rostro felino de la antigua máscara. Era la diosa Bastet.

Una guardiana.

Jack salió a caminar por la ciudad durmiente. El aire fresco de la noche era un agradable cambio tras el intenso calor del día. A esas horas de la noche, las calles estaban en silencio, incluso en las partes más céntricas de la ciudad. Los puestos que vendían comida, partes de ómnibus robadas o telas ya habían cerrado hacia rato. No había un toque de queda impuesto, pero se aconsejaba a los habitantes de la ciudad que, por su propio bien, no salieran a la calle después del atardecer. Después de enfrentarse con Reaper, la oscuridad era un mar de sombras que ocultaba lo desconocido.

Jack había estado en la búsqueda durante bastante tiempo, recolectando información y siguiendo cada pista que encontraba. Había tenido la ventaja de pasar desapercibido, pero eso ahora había cambiado. Ya no quedaban dudas de que Talon y sus aliados sabían que él los estaba buscando. Había tenido una noche de sueño reparador desde su llegada a El Cairo, la primera en mucho tiempo.

"No puedo creer que me haya drogado", pensó Jack.

Ahora se sentía inseguro. Permanecer en un mismo lugar por mucho tiempo era un riesgo, en especial ahora que Gabe lo estaba buscando. Debía seguir adelante.



La noche se había convertido lentamente en mañana y una luna llena se estaba ocultando en el horizonte cuando Jack finalmente regresó. Ana estaba sentada frente a la computadora cuando él entró.

—¿Volviste por el resto de tus cosas? —preguntó ella sin quitar la vista de la computadora.

Él se acercó.

—Te ayudaré a capturar a Hakim. Una vez que terminemos eso, iremos tras Reaper.

—Debemos asegurarnos de que la ciudad esté a salvo —replicó Ana—. No me iré contigo hasta solucionar este problema. Eso incluye no solo a Hakim, sino también a sus secuaces. Necesito saber con certeza que la gente estará a salvo.

Jack apretó la mandíbula mientras consideraba la oferta.

—Entonces vayamos a su mansión cuando menos lo esperen. Un ataque sorpresa para que no tengan tiempo de prepararse.

Ana negó con la cabeza.

—Nada de apresurarnos. ¿Olvidaste cómo resultó eso la última vez?

—Hubiese salido bien si Gabe no hubiera aparecido —dijo Jack.

Ana levantó una ceja.

Jack suspiró.

—¿Cuál es tu plan?

—Empezamos desde abajo hasta llegar al líder. Debilitamos a Hakim, le quitamos sus recursos y lo forzamos a que salga a la luz. Debemos exponerlo a él y a los que lo protegen. ¿Entendido?

Jack suspiró y dio el brazo a torcer.

“NO TIENES QUE SER TÚ, PERO, A VECES, LA GENTE NECESITA ALGO EN LO QUE CREER.”

—Sabes que le dije a Gabe que habían elegido a la persona incorrecta para ser comandante.

—Sí, pero te referías a él, no a mí —respondió Ana.

—Podría haber sido Reinhardt —dijo Jack con una sonrisa.

—No digas tonterías.



Desde el último enfrentamiento, Hakim había evitado regresar a su palacio y había optado por alojarse en distintos refugios de la ciudad. Jack había encontrado la ubicación de algunos de ellos y había elegido el que más se acomodaba a sus planes. Alquiló un departamento con vista a ese refugio. Ana y Jack no se habían molestado en tener muchas comodidades: la habitación estaba amueblada únicamente con un par de sillas y un cajón de madera en estado de deterioro. Se turnaban para descansar en una sola bolsa de dormir. Tras el segundo día, Ana había insistido en traer un hornillo para tomar té.

En una semana habían logrado atrapar a varios de los colaboradores de Hakim con el fin de debilitar a su organización. Se corría la voz de que alguien buscaba desmantelar la organización de Hakim. La gente coincidía en que, quienquiera que fuera, su objetivo era llevar a Hakim ante la justicia. Sin embargo, tras el éxito inicial, la misión había llegado a un punto muerto. Hakim se había ocultado aún más. Tenía más cuidado. No había otra cosa que hacer más que esperar.

El aburrimiento no era tan pesado para Ana. Como cualquier francotiradora, estaba muy acostumbrada a ser paciente, y el hecho de

poder moverse, dormir siestas y hasta salir al exterior hacia que fuera mucho más tolerable. Al contrario, Jack estaba sumamente inquieto. Ana vio la manera en la que él miraba por la ventana, buscando sin parar en el infinito horizonte. Ella sabía cuál era esa única obsesión.

“Gabriel”.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jack levantando la vista. Se recostó en su silla de una manera que haría irritar a cualquier maestro de primaria. Sostenía algo en la mano.

—No hay rastro de Hakim. ¿Qué estás mirando? —preguntó Ana.

—Ah, un recuerdo de los viejos tiempos. Jack le entregó un manojito de fotos. Estaban desgastadas y llenas de pliegues; era evidente que habían acompañado a Jack durante mucho tiempo.

La primera foto era de ellos dos con Gabriel. Los tres se veían jóvenes y optimistas, aunque Gabriel ya mostraba las marcas del estrés del liderazgo en su rostro. Acababan de ganar una batalla importante en Río de Janeiro.

—Recuerdo la playa —dijo Ana con una sonrisa—. Nos vemos tan serios en esta foto... ¡Qué gracioso!

—¡Por eso me gusta tanto! —dijo Jack entre risas.

“Me alegra saber que todavía puede reírse”.

Al ver la siguiente, la sorpresa casi hizo que se le cayera el manojito de fotos al suelo. Nunca había visto esa foto, pero reconoció la escena de inmediato. Jack se veía mucho más joven. Acababa de bajar de un transporte militar para comenzar su licencia. Fue la otra persona de la foto quien la sorprendió: un hombre con cabello oscuro, vestido





con una camisa abotonada informal color negro. Jack tenía un brazo alrededor de su hombro.

“Vincent”.

—Vincent... Hace años que no pensaba en él —dijo Ana—. ¿Aún quedan esperanzas?

Jack negó con la cabeza.

—No lo creo.

—¿Nunca lo volviste a buscar? ¿Acaso no te dio curiosidad?

Tenías los mejores recursos de vigilancia del mundo a tu alcance. Estoy segura de que Gabe habría puesto a un agente de Blackwatch a buscarlo si se lo hubieras pedido —dijo Ana.

Jack le lanzó una mirada asesina.

—Bueno, veo que es un tema delicado.

Jack se rio.

—Está casado. Son muy felices. Me alegro por él.

Ana no quedó muy convencida. Al principio, Jack no paraba de hablar de él, soñaba con que la guerra terminara pronto para poder volver a tener una vida normal.

“Pero tener una vida normal nunca fue una recompensa para nosotros”.

—Vincent se merecía una vida más feliz de la que yo podía darle. — Jack suspiró—. Ambos sabíamos que mi mayor prioridad era el deber. Luché para proteger a personas como él... Ese fue mi sacrificio.

—Las relaciones nunca resultan bien para nosotros, ¿no lo crees? —dijo Ana mientras acariciaba inconscientemente el lugar donde solía estar su anillo de matrimonio.

—Al menos tú y Gabe pudieron tener una familia.

Los dos se quedaron en silencio.

***PERO TENER UNA
VIDA NORMAL
NUNCA FUE UNA
RECOMPENSA PARA
NOSOTROS.***



Ana miró por la ventana y vio la figura conocida de Hakim entrar al bloque de departamentos.

—Es él. —Ana le devolvió las fotos a Jack, quien las guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Lista? —preguntó Jack mientras se ponía la máscara y el visor táctico y tomaba el rifle de pulso pesado que había dejado apoyado contra la pared.

Ana tomó su propio rifle, mucho más liviano que el de Jack, y se lo colgó del hombro. Enganchó algunas granadas cegadoras a su cinturón y sacó el último objeto de su bolso: la máscara negra y dorada.

—¿Vas a llevar eso? —preguntó Jack.

—Lograste inspirarme, Jack. Soldado: 76 es más que un justiciero. El mundo conoce ese nombre. Tus enemigos temen que los encuentres. No quiero que Hakim ni Talon ni nadie lleve a El Cairo a la ruina cuando yo ya no esté aquí. Me pondré una nueva máscara. Esta vez no seré una cazarrecompensas, seré una protectora. Una identidad que puedo dejar aquí para que mantenga a salvo a la gente... Bastet.

—Y yo que pensaba que mi máscara era escalofriante —dijo Jack sonriendo.

—Bastet es más escalofriante que una anciana.

—Ana, no hay nada más escalofriante que una anciana —dijo Jack.

—Ya lo creo.



Una semana después, Ana y Jack estaban empacando sus cosas en la base de la necrópolis. Habían dejado gran parte de las pertenencias de Ana, solo se habían llevado lo esencial para el viaje que tenían por delante. La red de criminales de Hakim había sido desmantelada. Los programas de noticias habían comenzado a informar acerca de los movimientos de una guardiana, llamada Bastet, que había capturado a Hakim y había puesto al descubierto la gravedad de sus crímenes. Incluso el Gobierno se había visto forzado a actuar.

—¿Y estas cosas? —Jack señaló el estante que tenía reliquias egipcias.

—¿Apenas pude cargarte hasta aquí y pretendes que me lleve todo eso? —dijo Ana—. Están bien escondidas. Se quedarán aquí hasta que encuentre alguien que cuide bien de ellas.

—¿Y Fareeha? —preguntó Jack—. ¿Hablaste con ella?

—Le dejé un mensaje... —dijo Ana.

—¿Estás segura de que no quieres despedirte? Puede que pase mucho tiempo antes de que la vuelvas a ver.

“Con algo de suerte”.

Ana suspiró.

—Jamás respondió mi primera carta.

Jack puso cara de pena.

—Dale tiempo. Ya recapacitará. Sabes que te ama. ¿Le conteste a Sam?

—Lo haré... en algún momento. Creo —dijo Ana—. Ya le causé suficientes problemas sin haberle contado la noticia. Ninguno de nosotros es muy bueno para las despedidas, ¿no lo crees?

—Somos mejores que Reinhardt, sin duda. Estoy seguro de que su vida es una gran montaña de despedidas pendientes.

—¿Cómo está? —preguntó Ana.

—Es una larga historia —dijo Jack—. Pero supongo que tenemos tiempo de sobra.

Ana asintió con la cabeza.

—Hay algo que quiero dejar claro antes de marcharnos, Jack —dijo Ana—. Iré contigo, pero sigo pensando que esta es una pésima idea. Talon, Overwatch, Gabriel... son partes de mi pasado. Me dolió dejarlas ir. —Ana hizo una pausa—. Cuando llegué a la necrópolis, la mayoría de las reliquias que encontré estaban rotas. Salvé todo lo que pude, pero tuve que abandonar el resto. Eso es lo más importante, comandante. —No me llames así —protestó Jack—. Vamos, debemos irnos. Es hora de visitar a unos viejos amigos.



Abandonaron la necrópolis y sellaron la entrada al salir. Mucho después de irse, las reliquias de antiguas civilizaciones yacían en la oscuridad de esa polvorienta sala. Entre ellas había una máscara dorada con el rostro de una diosa. Lo mismo yacía en los corazones de los habitantes de El Cairo y en las mentes temerosas de aquellos que pretendían lastimarlos: una máscara y un nombre.







BILZZARD[®]
ENTERTAINMENT